



# VIVIR PARA CONTARLO

Dos jóvenes sicólogos se internan en los barrios bravos de la ciudad predicando orden, justicia y templanza. Lograron sortear las adversidades y, mejor aún, empiezan a cosechar frutos.

**Escribe: Carla Castro**

Estudiante de Ciencias de la Comunicación



Los vecinos no los dejaban en paz ni un día. Desde que anunciaron su regreso de vacaciones, casi con bombos y platillos porque organizaron una pequeña reunión que terminó en fiesta, los líderes de El Molino – La Intendencia los perseguían como gatos a ratones. Acababa, también y para su mala suerte, la época de vacaciones escolares, lo que significaba que no tendrían líderes juveniles disponibles. A los vecinos poco les falta para llevar en su bolsillo una foto de la señora Colomba a modo de estampita, porque si ella te conoce los rateros no te hacen nada.

En la oficina del Centro de Escucha, que no es más que un espacio lleno de escritorios, sillas de plástico, cajas, libros y periódicos viejos, dentro del complejo de la Casa de la Juventud, están reunidos María Alejandra y José, ambos psicólogos, con la señora Marita, otra líder vecinal que, para no perder la costumbre, ha ido a última hora a organizar un evento para su comunidad. Más tarde, Mariale y José, con el polo verde del Centro de Escucha, sin objetos de valor, en realidad sin objetos, excepto por el celular de José, salen a caminar por las desiertas, difíciles y temerarias calles de El Molino – La Intendencia. Caminar por aquí es como asistir a una fiesta sorpresa: nunca sabes lo que va a pasar, quién va a pasar, lo que vas a ver o, peor aún, lo que te va a pasar.

*Durante los recorridos y visitas a los actores, se siente familiaridad, encontramos rápidamente el punto en común a través de la escucha y teniendo objetivos claros,* escribe José en su diario de campo. María Alejandra, que ya tiene dos años trabando aquí, le dice que tenga cuidado, que en sus primeros días se limite a saludar a las personas, mas no a entablar extensas conversaciones, pues él no los conoce y los vecinos a él, tampoco. Poco a poco, José irá haciéndose un espacio entre los vecinos y ganándose su confianza.

Para los recorridos de campo hay que observar reglas claras como el agua e indiscutibles. Si no estás de acuerdo, no salgas.

Regla N° 1: No llevar objetos de valor tales como celulares, reproductores de música, cámaras fotográficas, carteras, dinero, aretes, pulseras, anillos, collares, ni siquiera tus zapatillas, que seguramente son Nike o Adidas. Más que prevenir que seas asaltado o pongas en riesgo tu integridad, esta regla sirve para prevenir futuras incomodidades o rencores con los vecinos de esta urbanización, porque estarás constantemente en contacto con ellos e, incluso, realizarán actividades juntos. Las únicas personas autorizadas a romper, parcialmente, esta instrucción son Jessica y el supervisor de Trujillo, Renato. Parcialmente porque lo único que pueden llevar es un celular chanchito.

Regla N° 2: Saludar a todos los vecinos con que te cruce, así sean ladrones. Tal como dice la regla, tienes que saludar a todos, así tengan la cara cortada, estén borrachos o drogados. Esto para hacerle conocido entre los vecinos, para que tu presencia se haga notar.

Regla N° 3: Si eres testigo de cualquier acto violento, no llames a la policía. Si viste algún robo o pelea, no grites ni digas nada. Nunca pasaste por ahí y nunca viste eso. Si lo haces, los vecinos te mirarán como enemiga (o) y el desarrollo del proyecto se puede complicar o, en el peor escenario, venir abajo.

Regla N°4: Camina siempre por la pista. Como dijo Jessica, la supervisora de Lima, si caminas por la pista, estás dando a entender que no tienes miedo.

Regla N° 5: Si quieres disminuir las probabilidades de un asalto, usa un polo del Centro de Escucha, así te mueras de calor.

Regla N° 6: No hagas gestos de asco si observas algo desagradable. Por lo menos, espera a voltear la esquina. Si sigues estas

reglas, posiblemente el recorrido no sea peligroso y tu vida esté a salvo.

De hecho, una vez, el año pasado, una joven que formaba parte del proyecto (ya no está por obvias razones), llevó su cartera a uno de los recorridos de campo. Según cuenta María Alejandra, ella caminaba, a paso lento, pero aun así inseguro, con Melissa y Marita. Melissa, con su cartera, se atrasó y Marita y María Alejandra siguieron caminando. Cuando Melissa gritó, ya era muy tarde: le habían quitado la cartera. Ni Marita ni Melissa están este año en el proyecto. Valiente Mariale.

Mariale ha sido testigo de varios asaltos y nunca ha dicho nada, más que consolar a las víctimas. Cuenta que todos los ladrones, después de su travesura, corren hacia Putumayo, hacia “La Gorda”, madre de todos los vicios, delincuentes, drogadictos y más de esa urbanización. Así le dicen: “La Gorda”. Se esconde detrás de un gran portón.

Putumayo ha sido siempre la manzana de la discordia, una especie de esponja que atrajo a los que no tenían trabajo y querían dinero fácil. Es la calle más peligrosa de este territorio y se divide en dos: los de arriba y los de abajo. Los de arriba, como los mismos habitantes dicen, *son los que estudiaron y son alguien en la vida, y los de abajo nunca terminaron, no tienen trabajo y roban porque no saben hacer otra cosa.* Con los de abajo no conversan tanto, solo lo necesario: “Buen día”, “No se olvide de la actividad de este sábado” y cosas generales. La señora Meche, una de las líderes vecinales, tímida pero entusiasta y activa cuando de hacer actividades para su comunidad de trata, piensa que lo que falta es orientación y que se lleven a todos los bandidos a la cárcel porque son mala influencia para los niños y jóvenes. Con su delgada voz, dice que todos saben lo de todos y que los de la vida fácil están identificados y no respetan ni a sus propios vecinos. Así de grave.

Como en cualquier lugar, siempre se reúnen grupos de amigos a conversar y/o tomar. En uno de los recorridos de campo, a media mañana, José y María Alejandra se encontraron con tres individuos: un policía, un desempleado y un payaso. *Con “Papucho” y los vecinos sentí camaradería gracias a un amigo en común con quien se pudo romper el hielo y recordar épocas escolares. Cuando “Papucho” saca el revólver, pensé que era colega (policía) de nuestro común amigo, por lo cual estuve tranquilo, aunque a Mariale y Cynthia las noté un poco nerviosas. Horas después descubrimos, por boca de la señora Marita, mamá de Papucho, que él no era policía,* son las palabras exactas de José, según su diario de campo.

María Alejandra dice: *En el recorrido nos acercamos a conversar con los vecinos que se encontraban tomando, pues nos preguntaron qué hacíamos y les explicamos. En el transcurso de la conversación nos sacaron un arma, lo que causó, en mí, un momento de angustia; al guardar el arma nos quedamos 5 minutos más. Pasamos por todo Putumayo y se encontraban reunidos la mancha que pone a los vecinos inseguros, la cual nos saludó y no mostró ninguna actitud negativa, lo que no me causó malestar ni miedo ya que nos conocen y tenía la seguridad de que no nos harían nada.*

Si durante el día hay peligro, de noche la situación, o mejor dicho, el miedo, empeora. Solo salen a hacer recorrido de noche cuando viene Jessica. María Alejandra y José trabajan para prevenir el consumo de drogas, al igual que Jessica, pero ella, además, trabaja para disminuir el consumo de estas o buscar el mal menor. Sea donde sea, si Jessica observa una casa o terreno abandonado, entra, huele e identifica el tipo de droga que fumaron ahí. Una vez



comentó que, dada su experiencia, es difícil hacer que una persona deje completamente de consumir sustancias tóxicas. Si consume cocaína, busca la manera de sustituirla por marihuana, que tiene un efecto menos dañino para la salud. Increíble, pero cierto.

Ya en la oficina, lejos de las caóticas calles de El Molino – La Intendencia y con relativa tranquilidad, estos dos psicólogos se dedican enteramente a planear las actividades para la comunidad, con el fin de prevenir el consumo de drogas. Lo único que los separa es la distancia, pero los vecinos no se hacen problemas. El teléfono suena tanto que, si estás en esa oficina, provoca dejarlo descolgado o desconectarlo. Nadie sabe qué pasa con el teléfono a la hora de almuerzo, cuando los dos psicólogos salen a comer y dejan la oficina sola, aunque lo más seguro es que los vecinos sigan llamando.

Al regresar, tienen que hacer los diarios de campo. Tantos diarios de campo como recorridos hayan hecho durante el día. El diario de campo no es un diario propiamente dicho, es tan solo una hoja con algunas indicaciones (como descripción subjetiva de lo que he sentido en el contexto y descripción objetiva de lo que he visto y conversado durante la vista a la comunidad) que María Alejandra y José deben llenar. Apuntan absolutamente todo. Alrededor de una hora, no menos, les toma recorrer la mitad del territorio. Una hora en la que puede pasar infinidad de cosas.

*Al realizar las visitas domiciliarias me sentí entusiasmada para motivar a los líderes que no asistieron y llegar a generarles mayor compromiso. No encontramos a dos líderes en sus casas, pero a los demás les explicamos y les gustó el cambio para obtener datos. En cuanto a las obras, me quedé contenta con lo que se viene avanzando, pues nos permitirá realizar más actividades. Respecto a la prestación del ambiente, al principio sentí un poco miedo a que el señor Jorge ya no quiera prestarnos el local, sin embargo, él muy gustoso dijo que “Sí, no hay problema” y pudimos conversar mejor sintiéndome bien por su respuesta. En lo que respecta a números artísticos, me sentí un poco confiada en que nos apoyarían con un número para la celebración del Día de la Madre. En lo que respecta al recorrido para el Plan de Difusión y Promoción: me sentí entusiasmada y motivada para tener ya los lugares específicos de activación, sin embargo la practicante se encontraba temerosa, causándome inseguridad.* – Extracto del diario de campo de María Alejandra.

Cuando salen a visitar la comunidad, el patrullero de serenazgo, que ya los conoce, los vigila constantemente. No hay regla que diga que no pueden estar acompañados o protegidos por alguna autoridad, sin embargo, ellos tratan de evitar la protección porque, según dicen, crea una barrera entre ellos y los vecinos. Por la tarde, además de hacer su diario y planificar eventos, reciben, algunos días, la visita de María Elena, sereno aliada del proyecto y líder vecinal, aunque no viva en ese territorio. Ella trabaja por las mañanas en esa zona, pero durante su recorrido no pasa por Putumayo, por los de abajo, porque está amenazada por “La Gorda”, que se esconde detrás de un gran portón. Cuando llega a la oficina, esta se vuelve como un centro de operaciones de la policía, porque María Elena, María Alejandra y José determinan en qué calles actuar y cómo hacerlo. La serena conoce a los vecinos más que María Alejandra.

Al terminar el día deben dejar planeadas las actividades del siguiente. José se va sin saber aún qué es lo que quiere. Sobrepasa los 30 años y ha tenido varios empleos para probar un poco de todo y ver qué me gusta, porque sin práctica cómo puedo escoger. En su casa lo esperan su hija de un año, su hija en camino, su esposa y su mamá. Y el fútbol. A José le encanta el fútbol. Mira los partidos en la oficina. Por eso siempre se demora en hacer su diario de campo, pero siempre es el primero en salir. En su hogar, hace casi lo mismo que en su trabajo: recorrido de campo. Pero no de sus calles vecinas o algo parecido. Con su esposa y mamá conversan, recorren todos los sucesos del día y también recorre su casa para detectar alguna nueva expresión artística. Así hasta el otro día, cuando llega nuevamente a la oficina y empieza una nueva aventura.

María Alejandra expone su vida en este trabajo porque necesita pagar su maestría; sin embargo, da todo de sí. No tiene de qué preocuparse cuando llega a su casa. Vive con sus papás y, si es tarde o de noche, su comida está lista y su dormitorio ordenado. Lo único que le quitaba el sueño eran los preparativos de su matrimonio. Estaba planeado para el 2015, luego para el 2016 y ahora ya no hay fecha porque terminó con su novio. Duerme tranquila, aunque un poco triste *porque extraño a mi novio, bueno, a mi ex. No sé si llamarlo o esperar a que él me llame.*

Por ahora, ambos tienen un objetivo en común: acabar el año y, por lo tanto, el proyecto, y decidir si quieren continuar en este viaje que no tiene destino ni final.